

CONVERSIÓN PASTORAL Y MISIONERA

El número 137 del documento “Instrumentum laboris”, nos invita a un renovado entusiasmo misionero, a través de un **camino de conversión pastoral y misionera**. Todos somos conscientes que necesitamos conversión pastoral y, pero ¿y qué es convertirse?

No pretendo hacer una exposición doctrinal sobre la conversión pastoral. Simplemente permítanme decir: Como Iglesia no podemos perder de vista nuestra mirada a la eternidad. Hoy es urgente que nos comprometamos a ser una Iglesia muy anclada en el mundo, pero sin ser del mundo. Los jóvenes reclaman de nosotros una Iglesia libre de ataduras pasajeras, una Iglesia que sea lo que es, lo que prometió ser; una Iglesia transparente, cercana, dinámica, alegre; una Iglesia fresca y con rostro joven. Los jóvenes quieren una Iglesia que les diga y les dé testimonio que sí es posible el celibato, la castidad y la virginidad. Los jóvenes buscan en la Iglesia signos de Dios, ellos esperan que nosotros les enseñemos a orar, pero no a punto de sermones y teorías sobre la oración, ellos quieren que nosotros sus obispos, sacerdotes y agentes misioneros oremos, juguemos, caminemos, luchemos... con ellos. Los jóvenes nos quieren “hombres de Dios”, frescos y transparentes.

De esta experiencia sinodal debe brotar muchos caminos pedagógicos que fortalezcan nuestra iglesia en este “Instante Vital”. Pidamos al Espíritu Santo, que nuestra **“conversión pastoral”** se refleje en el compromiso de ser una Iglesia más cercana, más alegre, más práctica, menos discursiva y más acogedora.

Compartamos los estilos pedagógicos que a lo largo de la historia eclesial han asumido los diferentes movimientos, los santos, muchos obispos y sacerdotes en la evangelización de la juventud. Sobre todo, **unidos, unidos..., tratemos de conocer más y mejor la pedagogía de Jesús, para llegarle al corazón de los jóvenes**. Hoy, los jóvenes nos reclaman que nuestra conversión sea efectiva, afectiva y económica. Decía el obispo que me consagro sacerdote: “La conversión comienza en la cabeza, pasa al corazón y culmina en el bolsillo”. El Santo Padre nos dijo en Medellín (Colombia): “el diablo entra por el bolsillo”. Por eso, una conversión

concreta se manifiesta cuando como pastores invertimos recursos económicos en nuestra pastoral juvenil.

Conversión pastoral y misionera es tener más tiempo para los jóvenes. Los pastores debemos ser los primeros en saber invertir el tiempo en bien de los jóvenes. Los jóvenes quieren que la Iglesia viva de verdad la “cultura del encuentro”, los jóvenes quieren que nosotros sus pastores vayamos a ellos, compartamos sus historias, sus retos y motivaciones; ellos quieren contarnos sus angustias y fracasos, pero necesitan que les invirtamos más tiempo. Ellos quieren que los conozcamos y valoremos personalmente. La mejor conversión es optar por una pastoral “cuerpo a cuerpo”, al estilo de Jesús, el Señor.

Conversando con los jóvenes de la Amazonía colombiana, me decían, monseñor, comunique lo siguiente en el sínodo: queremos que los adultos se conviertan en verdaderos acompañantes, que los sacerdotes no se contenten con ofrecernos sólo el sacramento de la confesión, que vayan más allá, que nos orienten nuestra vida y nos ayuden en el seguimiento del Señor.

Queremos que la Iglesia nos enseñe la manera cómo debemos unificar nuestra vida personal, educativa, laboral, afectiva, espiritual; ojalá, nos ofrezcan espacios de formación. Queremos encuentros de fraternidad en los cuales nos den luces que nos ayuden a identificar las diferentes realidades vocacionales. Decían algunos jóvenes: muchos de nosotros no nos cuestionamos sobre nuestra vocación, porque nadie nos ha invitado a hacerlo o porque no descubrimos buenos referentes vocacionales; otros decían: necesitamos descubrir la familia como una vocación y no sólo como algo circunstancial, por lo tanto, queremos formación en el campo afectivo, en la relación de pareja y en la protección de la familia.

Queremos espacios de participación en la Iglesia, con libertad para crear, para proponer, para evangelizar, para donarse a una causa. Pero estos espacios deben estar acompañados por adultos que los puedan guiar, orientar, motivar y generar procesos de formación que vayan de la mano de una Iglesia viva y llena de Dios.

Omar de Jesús Mejía Giraldo
Obispo de Florencia, Caquetá, Colombia